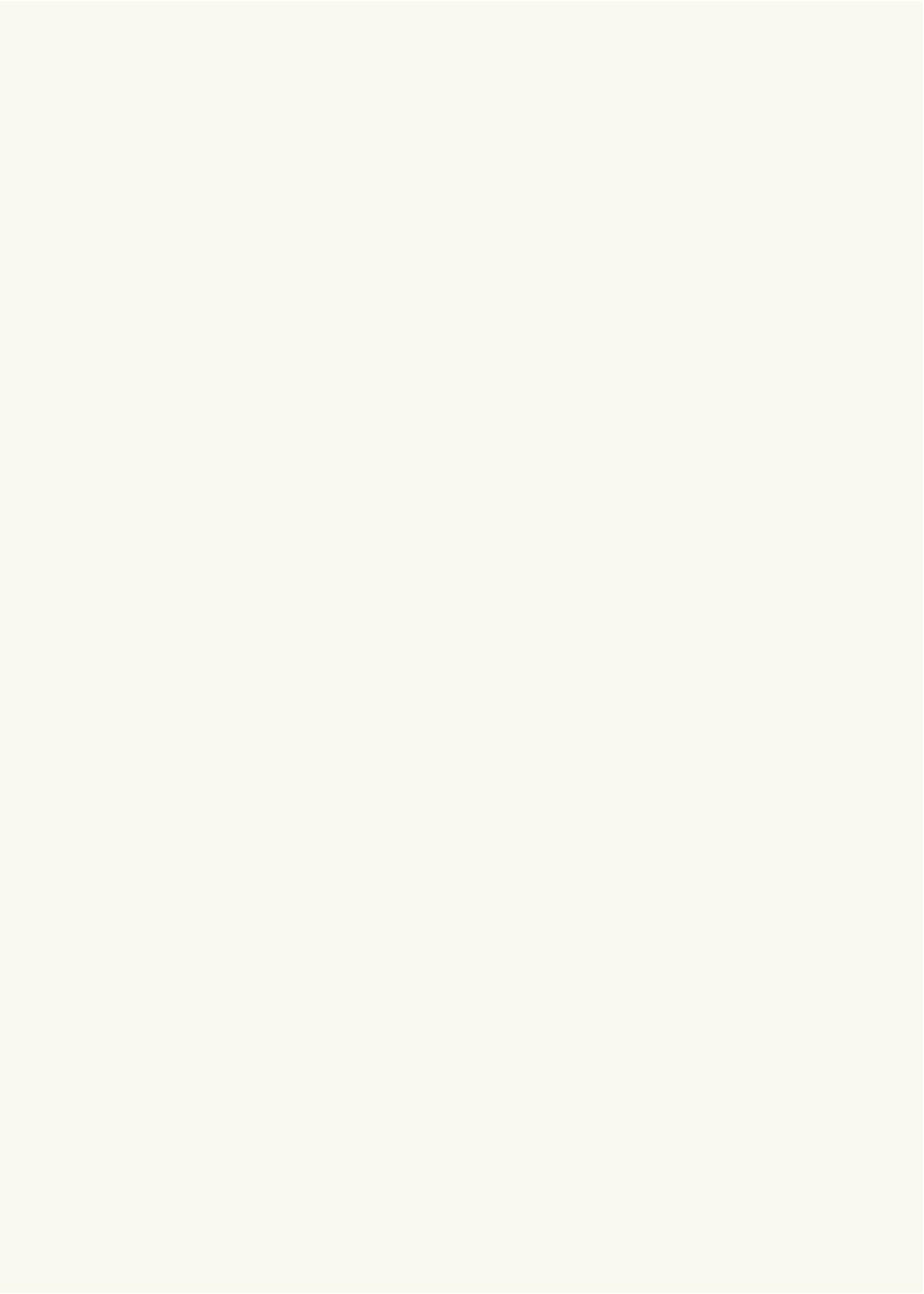


DEJAME QUE TE CUENTE

Ricardo Massa



DEJAME QUE TE CUENTE

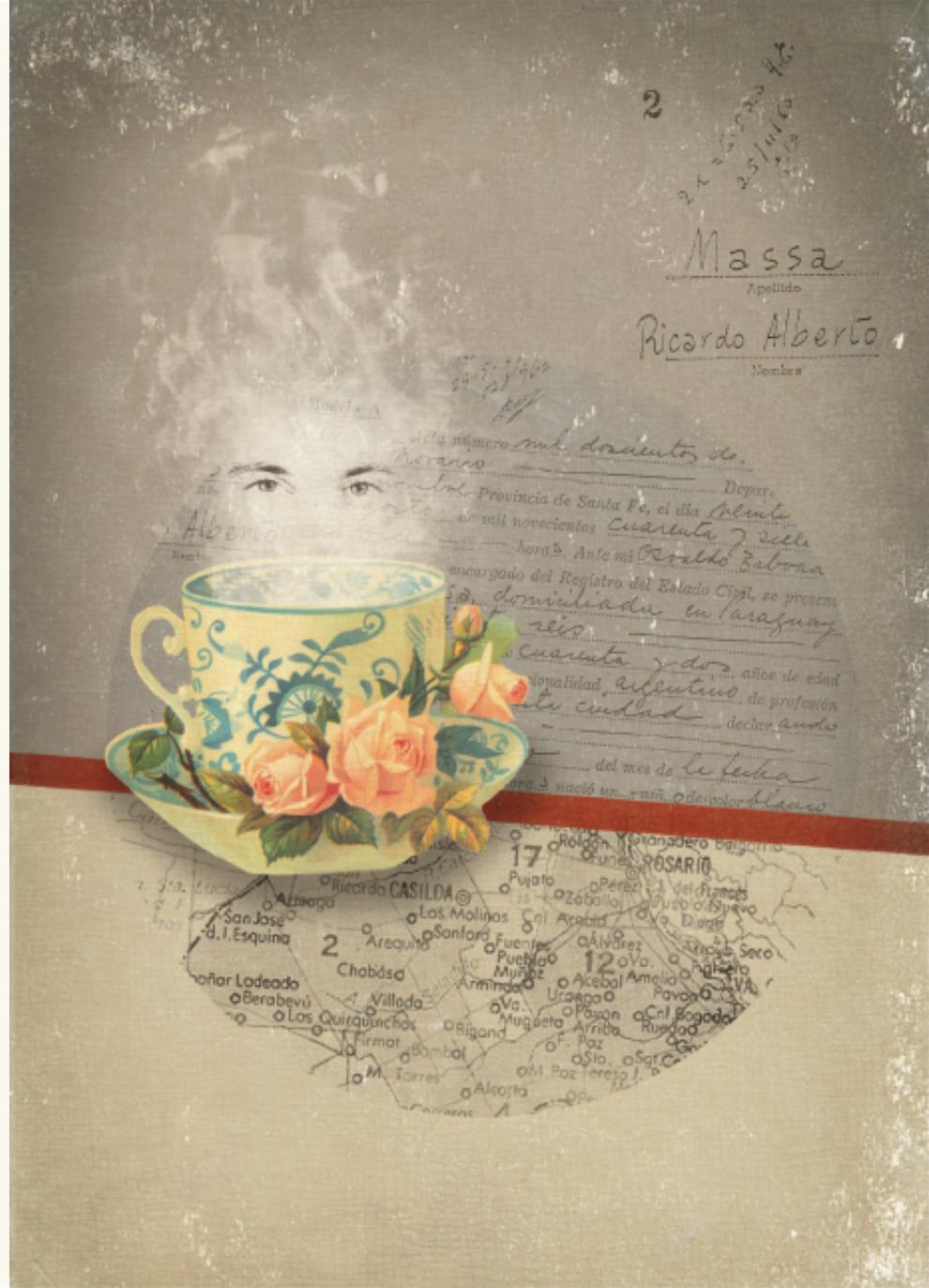
Ricardo Massa



Memoria de un médico militante

Chiche mira el reloj y piensa que todavía hay tiempo para otro té. Deja caer el agua caliente, el vapor que sube hasta rozarle las mejillas, el saquito que flota, el hilo que chorrea por fuera de la taza. El recuerdo se interpone entre ella y esa infusión caliente y ya no está más aquí, en su casa de calle Paraguay, en Rosario, ni es jueves; sino que ahora es domingo y está sentada junto a su marido en el colectivo que va a Firmat, siguiendo las indicaciones que Ricardo, su hijo, les ha dado en la carta que les envió unos días atrás.

Llevar el miedo a cuestras y algunas cosas para Ricardo: fotos, noticias, el sobretodo de paño gris que se dejó en casa. Hace frío, así que lo va a necesitar. La carta no la llevan, claro, no sea cosa que alguien los encuentre. Han memorizado las coordenadas y ahora las siguen al pie de la letra: unas cuadras hacia aquí, otras hacia allá, la plaza, la iglesia, Ricardito.



La tensión y los meses de espera se atropellan en un abrazo que es una catarata de sensaciones. Quieren agarrarlo, protegerlo, no dejarlo ir. No pueden llorar, llamaría demasiado la atención. Tampoco pueden llevárselo porque Ricardo ya no es un niño. Sólo les queda aprovechar la relativa alegría del encuentro.

Van a comer a un restaurante que está cerca de la terminal de ómnibus. Conversan sobre la familia, la casa, la ciudad. Chiche le muestra fotos de Leticia, la sobrina de Ricardo. La última vez que la vio, era un bebé de meses, ahora tiene casi dos años. Ricardo no puede creer lo rápido que creció.

Ellos quieren saber si él está bien. Es la única pregunta que hacen, la única que pueden hacer. Desconocen en qué ciudad vive ahora su hijo, sólo saben que los domingos le toca hacer el asado: —La gente con la que estoy viviendo me debe andar extrañando. Esta vez les ha fallado el asador —dice.

Chiche no puede dejar de mirar de reojo a las otras mesas. Ricardo se está exponiendo demasiado y sabe que lo hace por ellos.

El reencuentro no durará mucho más.

Por la tarde, Chiche y Ángel vuelven a la estación de ómnibus y compran pasaje de regreso. Hay demasiada gente, los asientos no alcanzan. Se suben al colectivo con una angustia que lo llena todo. Ricardo, abajo, sosteniendo el sobretodo gris entre los brazos, los saluda y se lamenta por hacer que sus padres tengan que viajar parados durante dos horas.

La terminal, Ricardo, el sobretodo gris cayendo sobre sus brazos, las caras heladas por el frío de julio, el aire espeso del colectivo repleto. La imagen se repetirá una vez y otra y otra vez más, hasta el día de hoy, en la memoria de Chiche, porque nunca más volverán a verlo.

El timbre la devuelve a la casa de calle Paraguay. Se levanta de la silla de un sobresalto y, con el corazón apretado, busca el pañuelo blanco en el cajón. Como todos los jueves, hoy también irá a reunirse con otras madres a la ronda de la Plaza 25 de Mayo. Se ata el pañuelo en la cabeza y sale a la calle.

Sobre la mesa, el té servido ya no hace humo.



Ricardo Massa había nacido el 21 de agosto de 1947 después de que su madre confundiera el trabajo de parto con un dolor de cintura provocado por desayunar en un banquito sin respaldar. Era jueves y su marido, Ángel, se había ido temprano a trabajar. Estaba acompañada por su padre y la esposa, que esperaban la llegada del primer nieto. Chiche probó con cambiarse del banco a una silla, pero la molestia continuó.

En la madrugada del viernes el dolor de cintura se convirtió en Ricardito. Dos años después llegaría Marta, su hermana.

—Mi hermano siempre estuvo muy apegado a mi mamá, yo era mucho más independiente. Esto la marcó mucho. Ella quedó prendida a la imagen de mi hermano —dice Marta Massa, hoy profesora y doctora en Física.

Ricardo creció en una familia con casa propia en Paraguay y Cochabamba, una biblioteca nutrida

y cubiertos de plata para las visitas, a la que cada libro, cada cucharita y cada ladrillo le habían costado mucho esfuerzo. Ángel había dejado la carrera de Medicina y trabajaba en el laboratorio de un instituto médico mientras Chiche se encargaba de casa e hijos. Aunque no sobrara nada el esfuerzo alcanzaría para que años más tarde, Ricardo y Marta fuesen a la Universidad.

Durante la infancia de Ricardo, el Parque Independencia fue el escenario de los partidos de fútbol que jugaba con sus amigos y al sopor del verano rosarino lo apagaba en la pileta de Gimnasia y Esgrima aunque fuera hinchada de Newell's. Su hermana fue su compañera de juegos, transformándose de arquera a cowboy hasta que llegó la adolescencia y se convirtió en el gancho para entrar en los cumpleaños de 15 de sus amigas.

—Tuvo pocos pero buenos amigos. Era muy introvertido y tímido —lo recuerda Marta.



El niño que jamás dejaba caer una palabra a menos que fuera estrictamente necesaria, fue elegido mejor compañero en la Escuela n° 60 Mariano Moreno que lo tuvo entre sus alumnos. Con el tiempo, fue transformándose en un referente de perfil bajo también entre sus amigos del Superior de Comercio, donde cursó la secundaria. Sus amigos de entonces –y de después– lo recordarán como una persona callada e inteligente: «Un solitario que vivía acompañado», escribirá años después Víctor Nardiello, compañero de la facultad.

—Por eso los amigos se extrañaron mucho cuando él, ya de grande, se inclinó para ser, como se decía entonces, un elemento subversivo. No era un elemento... era alguien que opinaba y yo creo que opinaba bien ¿no es cierto? —se pregunta Chiche de la misma manera que viene preguntándose cientos de cosas en los últimos 36 años y tratando de entender qué, cómo, por qué, dónde está su hijo.

Mucho antes de que se convirtiera en un «elemento subversivo», Ricardo había empezado a estudiar medicina. Lo había decidido después de visitar en Santa Fe a su primo Raúl que cursaba ingeniería química: «Esto no es para mí», se dijo y volvió a Rosario a completar aquel proyecto que su padre había dejado trunco. No fue sólo una cuestión de mandato familiar: él, que en el secundario había sido un alumno regular que rendía materias en diciembre, cursó al día toda la carrera y tuvo un solo aplazo.

En el medio, hizo el Servicio Militar Obligatorio, fue ayudante de cátedra en Anatomía Patológica y empezó a participar, progresivamente, en la vida política de la Facultad.

—Discutía sobre el compromiso social de la carrera universitaria y dedicó mucho tiempo a un proyecto de producción farmacológica desde la Facultad, para abaratar costos. También iba a ayudar a dispensarios en zonas carenciadas —cuenta Marta sobre aquellos primeros años de militancia.

En 1971, su primo Raúl fue asesinado en Córdoba. La familia viajó para el velorio y Ricardo tuvo que faltar a sus obligaciones:

—Me va a ser duro decir que fui al entierro de un primo muerto por subversivo —le comentó entonces a su madre.

Chiche se sorprendió pero no dijo nada y salieron para el velorio. Ya había olvidado la sentencia de su hijo cuando, dos años más tarde, mientras miraba televisión en casa de su tía, las palabras le volvieron a caer encima como los ladrillos de un edificio que se derrumba. En la pantalla, integrantes de la Juventud Peronista se mostraban en el hospital de Granadero Baigorria, después de haberlo tomado. Ricardo apareció hablando en pantalla.

—¿Y éste qué hace ahí? —se sorprendió Chiche.

El chico introvertido que siempre se escondía detrás de sus amigos militaba ahora en el mismo partido en el que lo había hecho Raúl, ese «primo

El 18 de noviembre de 1974 Chiche se levantó con un mal presentimiento. Se cruzó muy temprano con su hijo que se preparaba para salir y, sin saber bien por qué, le pidió que se quedara. Ricardo salió igual y su mamá se quedó esperando.

A media mañana, recibió la noticia de que su hijo estaba preso. Lo habían detenido mientras repartía volantes junto a otros compañeros en las cercanías de Acindar. Hacía casi un año que había sido designado secretario Estudiantil y de Bienestar de la Universidad Nacional de Rosario, pero de nada le sirvió el cargo para evitar la detención.

De esa época, Marta se acuerda muy bien. Había días fijos para las visitas de mujeres y de hombres así que les tocaba repartirse. Ella iba con su madre; a su papá muchas veces le tocaba solo. Las dos dejaban las carteras y los regalos en una división; en otra, una mujer policía las palpaba. Les revisaban la ropa, los postres, los alfajores que le llevaban.

—Fue muy duro para mi mamá que era una ama de casa que se había casado a los 21 años y se dedicó a los hijos, al esposo y al hogar. Te palpaban y era una suerte de violación a tu intimidad y de sospecha constante de que eras una criminal – recuerda Marta.

El abogado les repetía una y otra vez que no había causal y que Ricardo ya iba a salir. Entonces Marta siguió organizando su casamiento para diciembre pensando que en pocos días lo dejarían en libertad. Hasta el mismo día de la boda creyó que su hermano llegaría a la ceremonia para festejar juntos. En lugar de eso terminó llevándole, junto a su flamante marido, una porción de torta a la cárcel. Ricardo estaría preso hasta febrero del 75.

—Después de eso, perdió la residencia por no asistir, entró a trabajar en el Hospital Provincial y se fue de casa para evitar cualquier complicación—dice su hermana.

El clima fue enrareciéndose cada vez más y las complicaciones, lejos de evitarse, se fueron apilando una tras otra en una espiral de violencia y confusión que terminó por arrasarlo todo. La casa de la familia Massa sería allanada dos veces después de la detención de Ricardo. No habría problemas mayores: Marta se había encargado de limpiar libros y documentos de Ricardo.

Chiche y Ángel no acababan de reponerse del último allanamiento cuando el 29 de enero de 1976 las fuerzas de seguridad tocaron el timbre por tercera vez. Era de madrugada, Chiche se levantó y los atendió por el portero eléctrico.

—Buscamos a Ricardo Massa —le dijo una voz a través del teléfono.

—Esta es la casa de los padres, él no está en este momento.

—Tenemos orden de allanamiento y necesitamos que abra la puerta.

Chiche supo que esta vez sería diferente. Entonces dudó en abrirles, volvió al dormitorio y llamó a la Policía o al Comando de Ejército. No recuerda bien a quién iba a pedirle ayuda, pero sí que nadie le atendió el llamado. Ángel se vistió y bajó las escaleras para ver qué podía hacer. Chiche se quedó llamando por teléfono desde el dormitorio.

Probó comunicarse con Ricardo para que les dijera qué hacer. Le temblaba la mano, el sonido monocorde del tono de llamada, parejo, eterno, nadie al otro lado que acabara con tanta regularidad insoportable. Escuchó los pasos de varias personas subiendo por la escalera y colgó el teléfono.

Eran entre 8 y 10 personas vestidas de civil. Uno de ellos tenía una media de lycra en la cabeza. La perra empezó a ladrar. Chiche les dijo que la iba a encerrar en el baño para que no los molestara mientras hacían su trabajo.



**Dos atentados con
explosivos hubo
en esta ciudad**

—Enciérrela y usted se queda adentro con ella –le dijeron.

Obedeció. A los pocos minutos, metieron a Ángel en el mismo baño. Se miraban en silencio, no entendían qué estaba pasando. Las otras veces no había sido así. Una persona había labrado un acta en una máquina de escribir, nada más. Ahora escuchaban cómo revolvían y tiraban todo y se sorprendían al oír el sonido metálico de cubiertos chocándose ¿qué estaban haciendo?

De repente, una mano empujó la puerta, se metió entre la hendidura oscura que acababa de abrir y sacó la llave del lado de adentro de la puerta del baño. Chiche y Ángel no hicieron nada. La mano volvió a cerrar la puerta y giró la llave del lado de afuera.

Pasaron un tiempo más, nadie sabe cuánto, encerrados en el baño, con la certeza de que iban a matarlos. Hasta que Ángel vio por la ventana que dos autos Falcon verdes se iban por Cochabamba.

Y entonces recordó la obstinación ciega con la que se había negado a arreglar la cerradura del baño para que los chicos no pudiesen encerrarse. Fue el detalle que les salvó la vida.

Apenas sintieron el ruido de la puerta cancel que da a la calle, salieron del baño. La casa estaba desvalijada, se habían llevado hasta los cubiertos de plata para las visitas. Ángel sintió olor a humo: algo se quemaba en el escritorio donde también estaba la nutrida biblioteca.

—¡¡¡Es una bomba!!! —le gritó Chiche que había visto una mecha encendida «como en las películas».

Bajaron a saltos la escalera. Chiche alzó a la perra cuando llegaron a la calle y corrieron a avisarle a la vecina: «¡Vamos a decirle a Doña Ernesta!»

No llegaron siquiera a tocar la puerta de los vecinos. La bomba explotó, volaron las ventanas y un reguero de polvo les nubló la vista y los sueños:

«Bueno, ahora que los chicos aportan a la casa vamos a relajarnos y a pasear un poco», había pensado Chiche días antes. No les pasaría nada a ellos ni a los vecinos, pero aquella madrugada el esfuerzo de toda su vida estallaba en miles de pedacitos que se desparramaban en el aire y entonces nada volvería a ser como antes.

—Respeto a Ricardo porque pudo seguir su ideología y comprometerse al punto de dar su vida. Pero le cuestiono que no haya pensado demasiado en nosotros cuando tomó esas decisiones, porque nuestras vidas cambiaron significativamente —dice Marta.

Habían buscado golpearlo donde más le doliera. Ricardo se sentía terriblemente culpable. Hasta ese momento, mantenía una vida pública y trabajaba en el hospital. Era fácil dar con él. Apenas se enteró de la noticia, reunió a sus padres en la casa de unos amigos y, entre lágrimas, les dijo: —Nunca hice nada como para que les hicieran esto a ustedes.

Agarró sus cosas y se fue de Rosario con Susana Becke, su reciente esposa, compañera de trabajo y de militancia, a internarse en un exilio dentro de su propio país. Se encontraban esporádicamente con sus familias, siempre a escondidas y se comunicaban por cartas. La última vez que Ángel y Chiche vieron a su hijo, en julio de 1977 en aquel almuerzo en Firmat, no sabían en qué ciudad vivía.

Chiche y Ángel se mudaron a la casa de su prima y empezaron, poco a poco, la reconstrucción de su casa que terminarían, con mucho más esfuerzo, tres años y medio después.

El 26 de agosto de 1977 Susana y Ricardo llegaron a Rosario para festejar el cumpleaños de Susana y visitar a la familia. Ricardo se fue a una reunión y nunca regresó al departamento de sus suegros. Su hermana, Marta, cree que la reunión fue armada para entregarlo. A Susana la fueron a buscar a la casa de sus padres. Hasta el día de hoy, permanecen desaparecidos.

Ricardo Massa

460



DERECHO A LA INFORMACION

DERECHO A LA VERDAD

DERECHO A LA JUSTICIA

recurso de habeas corpus

Chiche se recuerda subiendo y bajando las escaleras de su casa en una búsqueda desesperada por encontrar algún indicio de su hijo: una carta, un papel, una nota con algo parecido a las formas de su caligrafía. Fue en los años en que volvió la democracia y florecieron las esperanzas de encontrar con vida a los familiares desaparecidos.

—Yo siempre les dije que, conociéndolo a mi hermano, él hubiera hecho cualquier cosa para avisar que estaba bien. Y eso nunca se produjo. Pero vos la escuchás hoy a mi mamá hablar, cuando ella te dice que no puede llorar a un hijo muerto, es porque en algún lugarcito del corazón todavía hay una esperanza —dice Marta.

La familia buscó a Ricardo por años. Y sus pasos los llevaron, entre otros sitios, hacia la cortada Ricardone donde funcionaba la Asociación de Familiares de Detenidos y Desaparecidos. Chiche y Ángel fueron a algunas reuniones, hasta que Ángel enfermó gravemente.

A los 5 años de la desaparición pudieron, finalmente, hacer la denuncia formal, presentar un Habeas Corpus, un reclamo a través del Consulado de Italia y acercarse a las iglesias. Para entonces, madre e hija habían recorrido varias veces los pasillos de Tribunales y habían visto decenas de fotos de cadáveres tratando de reconocer a Ricardo.

—Eran fotos de detalles, era muy difícil reconocer a alguien así. Todavía no estaban las pruebas de ADN y siempre te ibas con la duda si no podría haber sido... —recuerda Marta.

Cuando Ángel falleció, Chiche pensó que sería una buena idea abrazar la causa de su hijo. Le hacía bien hablar con otros familiares sobre el dolor que atravesaban, luchar juntos por encontrar verdad y justicia. Entonces comenzó a participar activamente en Madres de Plaza 25 de Mayo.

—Lo hace con gusto porque mi hermano se ha transformado un poco en la razón de ser de su vida, en la llamita que la mantiene viva —dice su hija.

Y hay momentos de esa lucha que se han grabado y moldeado a fuego en la memoria de Chiche. Como la primera marcha que hicieron con las fotos ampliadas de sus familiares.

Ese día Chiche sabía que no iba a llegar a la hora de partida de la marcha, entonces fue a Córdoba y San Martín, donde terminaría el recorrido. Hacía unos días había dejado una foto carnet de su hijo en el local de la cortada Ricardone para que hicieran una ampliación. Faltaba tan poco para la marcha que Chiche no pensó que irían a terminarla a tiempo.

Tomó la calle San Martín en contra mano y se topó con la gente y con la imagen de su hijo.

—Yo no iba preparada para ver la foto –recuerda—. Era como si lo viera avanzar a Ricardo sonriendo.

Chiche tomó la pancarta, la alzó alto y caminó llorando todo lo que quedaba del recorrido.

Aquel día, como cada 24 de marzo, caminó junto a la imagen sonriente de su hijo, pidiendo verdad y justicia. Caminó, lenta e incasablemente, como lo hace cada jueves en la plaza 25 de Mayo y lleva 36 años caminando desde la última vez que vio a Ricardo.

—El tiempo pasó e inexorablemente uno ya termina como queriendo olvidarse de tanto, de tanto... Dice Chiche, pero no olvida. Y camina por las calles de esta ciudad, mirando a las personas que duermen en las veredas frías, amontonadas en rincones sucios y malolientes; observando a los mendigos, a los marginales, a los locos, a los borrachos, tratando de encontrar en sus rostros, algo, lo que sea, algún gesto, algún rasgo, alguna mirada familiar a la que aferrarse para ver si, finalmente, detrás de esos cuerpos ultrajados, pueda encontrar vivo a su hijo Ricardo.



Colección *Dejame que te cuente*

Qué es un recuerdo sin un relato que lo ubique en la constelación de nuestra propia vida. Aquellos documentos guardados en el fondo de un cajón, esas fotografías que se erigen como monumentos sobre la cómoda, el universo que arrastramos en cajas viejas mezclando postales estampilladas con cartas amarillentas plegadas con prolijidad. Fragmentos que piden ser contados.

Cada historia de vida posee un registro urbano, institucional, familiar; fotos en los cumpleaños, en los casamientos, en el carnet del club o de la biblioteca, en la libreta de la Universidad. Cada biografía sostiene una dimensión común que nos involucra en la historia.

Dejame que te cuente es una colección de relatos contruidos a partir de material gráfico y testimonios brindados por familiares, amigos y compañeros de quienes fueron desaparecidos y asesinados por el terrorismo de Estado en Rosario y que integran el acervo del Centro Documental del Museo de la Memoria.

Queremos contar el paso de esas vidas por nuestra ciudad, recuperando tanto la singularidad de su historia como los nexos comunes con la actividad social de nuestro pasado reciente. Voces que emergen y reconstruyen discursos marcados por una voluntad de transformar el mundo y de lograr una sociedad más justa.

Narrar esas vidas es la dolorosa experiencia que los familiares han tenido que realizar en su entorno íntimo y en medio de una ausencia irreversible. *Dejame que te cuente*, este relato biográfico que toma la forma de un libro para cada historia, abre a la sociedad en su conjunto la posibilidad de incorporarse a su narración.

Dirección del proyecto

Lucas Almada

Diseño gráfico

Valentina Militello

Redacción

Julia Comba

Edición y corrección de textos

Daniel Fernández Lamothe

Coordinación general

Viviana Nardoni



museo de la
memoria

